

emperador. El archicanciller llamó en seguida á los pares y á los representantes, que juraron con acento entusiasta. Terminada esta ceremonia, Napoleón pronunció con tono grave el discurso que transcribimos á continuación, modelo de sencillez, de concisión y de grandeza.

SEÑORES DE LA CÁMARA DE LOS PARES Y SEÑORES DE LA CÁMARA DE LOS REPRESENTANTES

«Desde hace tres meses, las circunstancias y la confianza del pueblo me han investido con un poder ilimitado; y hoy se realiza el deseo más apremiante de mi corazón: vengo á inaugurar la monarquía constitucional.

»Los hombres son impotentes para asegurar el porvenir: sólo las instituciones pueden fijar los destinos de los países. En Francia es necesaria la monarquía, para garantizar la libertad, la independencia y los derechos del pueblo.

»Nuestras Constituciones se hallan diseminadas; una de nuestras más importantes ocupaciones será reunir las en un solo grupo y coordinarlas para que correspondan á un solo pensamiento. Este trabajo hará recomendable la época actual á las generaciones futuras.

»Yo ambiciono ver á la Francia disfrutar de toda la libertad posible; y digo posible, porque la anarquía conduce siempre al gobierno absoluto.

»Una formidable coalición de reyes quiere arrebatarnos nuestra independencia, y sus ejércitos avanzan hacia nuestras fronteras.

»La fragata *Melpómene* ha sido atacada y aprehendida en el Mediterráneo después de un sangriento combate contra un navío inglés de 74. La sangre ha corrido en plena paz.

»Nuestros enemigos cuentan con nuestras divisiones intestinas. Excitan y fomentan la guerra civil. Ha habido levantamientos, y nuestros enemigos del interior se comunican con Gante lo mismo que en 1792 con Coblenza.

»Esto hace indispensable ciertas medidas legislativas, y yo confío sin reserva en vuestro patriotismo, en vuestras luces y en vuestra adhesión á mi persona.

»La libertad de imprenta es inherente á la Constitución actual, nada se puede cambiar en ella sin alterar nuestro sistema político; pero son necesarias leyes represivas, sobre todo en el presente estado de la nación. Recomiendo á vuestra meditación este importante asunto.

»Mis ministros os darán á conocer la situación de nuestros negocios.

»La hacienda se hallaría en un estado satisfactorio sin el aumento de gastos que han exigido las circunstancias que atravesamos.

»Sin embargo, podría hacer frente á todo si los ingresos comprendidos en el presupuesto fuesen todos realizables en el año; mi ministro de Hacienda fijará vuestra atención sobre los medios de llegar á obtener este resultado.

»Es posible que el primer deber de príncipe me llame en breve al frente de los hijos de la nación para combatir con ellos por la patria. El ejército y yo cumpliremos nuestro deber.

»Vosotros, pares y representantes, dad á la nación el

ejemplo de la confianza, de la energía y del patriotismo; y como el senado del gran pueblo de la antigüedad decidíos á morir antes que sobrevivir al deshonor y á la degradación de la Francia. ¡La causa santa de la patria triunfará!»

Este discurso, que se ocupaba de todas las cuestiones con un tacto superior, con una completa dignidad, fué justamente acogido con los más entusiastas aplausos. No se podía desear una manifestación más amplia de la monarquía constitucional, ni una profesión de fe más explícita de sus principios.

Al entrar por una senda en la que los ingleses nos habían precedido hacía dos siglos, era natural que se imitasen sus fórmulas. En consecuencia, cada una de las cámaras resolvió presentar un mensaje contestando al discurso de la corona, y encargaron de la redacción de este mensaje á sus respectivas mesas aumentadas con algunos miembros, á fin de poderlo presentar á Napoleón en la misma semana, puesto que su partida estaba anunciada para el domingo ó el lunes siguientes.

Con efecto, Napoleón estaba decidido á dar el golpe que desde su regreso á París preparaba contra la parte de la coalición colocada á su alcance. Todavía no ha llegado el momento oportuno de dar á conocer sus combinaciones; baste decir que en medio de las atenciones de todas clases motivadas por la insurrección de la Vendée, la reunión de las cámaras y la presencia en París de los electores invitados al Campo de Mayo, no cesó, trabajando día y noche, en preparar todo lo necesario para entrar en acción el día 15 de junio. Al día siguiente de la ceremonia del Campo de Mayo, envió la guardia y el 6.º cuerpo á Lyon, y ordenó á los generales de Erlón y Reille que emprendiesen á su vez el movimiento que el general Gerard había comenzado desde muchos días antes, y por medio del cual debía verificarse la concentración general del ejército detrás de Maubeuge. Indicó á todos con minuciosidad las precauciones que deberían tomar para engañar al enemigo, y con efecto le engañaron, como no tardarán en ver nuestros lectores. Napoleón pensó que llegando la guardia y el 6.º cuerpo á Maubeuge el 14 de junio, podría presentarse el 15 por la mañana ante los muros de Charleroy al frente de ciento treinta mil hombres. Hubiera podido contar con ciento cincuenta mil, sin la insurrección de la Vendée; pero con las fuerzas que tenía, esperaba si no terminar la guerra en una sola acción, al menos darla desde el principio un carácter que hiciera reflexionar á las potencias en Europa, y que pusiese de acuerdo en Francia á los ánimos divididos ó amedrentados. Si sus preocupaciones no le privaban de trabajar, su trabajo tampoco distraía sus preocupaciones. Aunque afectaba una gran alegría en las numerosas recepciones y convites que celebraba en el Elíseo, caía en una profunda tristeza apenas se encontraba entre las personas de su intimidad, es decir, con la reina Hortensia y con Mr. de Lavallette. Aquella premura de las cámaras en destruir toda apariencia de servilismo, que las inclinaba á separarse de él cuando necesitaban agruparse con más celo que nunca en torno de su persona, le hacía sufrir mucho más de lo que demostraba aun en sus horas de abatimiento. Se afligía al ver disolverse la unión de los poderes, al ver introducirse en los ánimos la confusión, al ver á cada cual precipitarse con

impaciencia en la arena de las discusiones teóricas que había querido evitar con el Acta adicional, abrigar su quimera y querer sostenerla, cosas todas desoladoras, pero que hacían inevitables la convocación de las cámaras en aquellas circunstancias, y un ensayo de libertad hecho, como quien dice, bajo el fuego del enemigo.

En medio de este desencadenamiento del espíritu de contradicción, comprendía que la admiración supersticiosa de que había sido objeto durante quince años, y que la prodigiosa marcha desde la isla de Elba había renovado por un instante; comprendía, repetimos, que se disminuía de hora en hora; estaba rodeado de dudas y de censuras de todas clases, dirigidas contra sus más insignificantes actos. Sus amigos los más sinceros, que en otro tiempo no se hubieran atrevido á repetirle lo que se hablaba de él, se apresuraban, por el contrario, los unos impulsados por el cariño, los otros por falta de respeto, á darle cuenta de todo lo más inconveniente que se decía acerca de su persona. Por esto sabía que Mr. Fouché continuaba permitiéndose las conversaciones más enfadosas; que no ejecutaba sus órdenes, y especialmente las relativas á los realistas en comunicación con Gante y la Vendée; que los trataba con las mayores consideraciones, y que de cuando en cuando los llamaba á su ministerio para presentarles como un mérito su desobediencia á las órdenes imperiales. Napoleón, al saber estos actos de infidelidad, se incomodaba y quería reprimirlos, pero se contenía por temor de que dijese que el déspota había reaparecido; y de este modo, sus antiguos rigores contra seres las más de las veces inofensivos, tales como los vendedores de la bula, por ejemplo, le impedían entonces castigar á sus más terribles enemigos, cogidos en flagrante delito. Sin embargo, se reanimaba pensando en la guerra, pensando en las probabilidades que ofrecía al hombre de genio, y en los triunfos que había obtenido en 1814, los que le hubieran salvado si hubiera contado en la parte exterior de París con algunos reductos, y en el interior con un hermano digno de él. Pero, apenas concebía estas esperanzas, se sentía desfallecido al contemplar con su imaginación la enorme masa de enemigos que avanzaba contra la Francia, la de los enemigos de todas clases que se agitaban en el interior, porque dudaba que su gobierno pudiese soportar sus reveses, reveses siempre posibles, aunque la guerra terminase á su gusto; y, con la sagacidad superior que poseía en tan alto grado, veía en el conjunto de la situación las señales de una adversidad persistente, que sin intimidar á su enérgico corazón, le entristecía profundamente. Se consolaba hablando de esto con sus amigos íntimos, y algunas veces, á pesar de sus continuas ocupaciones, pasaba una buena parte de la noche disertando acerca del cambio que en torno suyo habían sufrido las cosas, del singular destino de los grandes hombres, y en particular del suyo, que tenía todas las apariencias de un astro que marchaba á su ocaso.

Dominado por semejante tristeza, quiso visitar la Malmaison, donde la emperatriz Josefina había muerto en la primavera de 1814, y adonde no había estado después de su llegada de la isla de Elba. Sentía en su alma un vivo deseo de volver á ver aquella modesta morada, en la que había pasado los años más felices de su vida al lado de una esposa que ciertamente tenía

muchos defectos, pero que había sido para él una amiga verdadera, una de esas amigas que no se hallan dos veces en el mundo, y que se lloran siempre cuando se ha tenido la desgracia de perderlas. Napoleón pidió á la reina Hortensia que le acompañase á aquellos parajes tan llenos de dolorosos recuerdos, que todavía no se había atrevido á volver á ver después de la muerte de la emperatriz. A pesar de sus apremiantes ocupaciones, consagró algunas horas Napoleón á recorrer el pequeño palacio y los jardines en los que Josefina cultivaba preciosas flores que enviaba á buscar á todas las cuatro partes del globo. La vista de aquellos objetos tan queridos y tan tristes le sumieron en dolorosas meditaciones. ¡Qué diferencia entre el año 1815 y los pasados de 1800, 1801 y 1802, en los que había sido á la vez el objeto de la admiración, de la confianza y del amor del mundo! Pero entonces no lo había fatigado, ni esclavizado, ni destruído, y los pueblos no le consideraban como un tirano, sino como un salvador. Pensando en estas cosas, lejos de lisonjearse, se trataba á sí mismo con severa justicia; pero pensaba que al presentarse arrepentido de sus culpas debía el mundo confiar más en él, permitiéndole poner en práctica la nueva prudencia que había adquirido en la isla de Elba. No contaba con que los hombres no devuelven la confianza á los que han abusado de ella aunque se muestren arrepentidos, porque únicamente Dios es quien acepta el arrepentimiento, toda vez que es el único que penetra el corazón de los hombres y puede juzgar de su sinceridad.

Al pasearse Napoleón por aquellos sitios á la vez dolorosos y queridos para él, dijo á la reina Hortensia: «¡Pobre Josefina! A cada paso me parece volverla á ver en estas alamedas. Su muerte, que me sorprendió en la isla de Elba, ha sido uno de los más fuertes dolores que me ha reservado el funesto año de 1814. Es cierto que tenía algunas debilidades, pero ella al menos no me hubiera abandonado jamás...»

Al volver de la Malmaison pidió á la reina Hortensia que mandase sacar para él una copia del retrato más parecido que existiese de Josefina. No sabiendo la suerte que le estaría reservada, deseaba llevar consigo esta especie de talismán, por medio del cual podía renovar en su imaginación todos los episodios de los más venturosos años de su vida.

Pero hasta para entristecerse le faltaba tiempo, y sin cesar tenía que olvidarse de sus asuntos íntimos para velar por el despacho de los innumerables públicos que tenía que dejar completamente terminados antes de su partida. La dirección de las cámaras era, después de la guerra, lo que más le ocupaba. Acerca de este particular sostuvo varias conversaciones, y se expresó con la más rara sagacidad, como si en vez de haber sido toda su vida militar, administrador y monarca absoluto, hubiese sido ministro de Jorge IV. La víspera de su partida habló con sus ministros: «No sé, les dijo, lo que podréis hacer durante mi ausencia para dirigir las cámaras. Mr. Fouché cree que ganando á algunos viejos corrompidos, lisonjando á algunos jóvenes entusiastas se domina á las asambleas; pero se equivoca. Todo es intriga, y la intriga no produce nunca nada bueno. En Inglaterra, sin despreciar absolutamente estos medios, hay otros más útiles y más formales. Recordad á

Mr. Pitt, y observad hoy á lord Castlereagh! Las cámaras son antiguas y experimentadas en Inglaterra; conocen desde hace mucho tiempo los hombres destinados á ser sus jefes, les profesan afecto y tienen en ellos confianza, ya sea por su talento ó ya por su carácter; los imponen en cierto modo á la elección de la corona, y después de haberlos hecho ministros, sería preciso que las cámaras fuesen muy inconsecuentes, muy enemigas de sí mismas para no seguir su dirección. Por esta razón, los dirigía Mr. Pitt con sólo una mirada y los dirige hoy del mismo modo lord Castlereagh. ¡Ah! Si yo tuviera semejantes instrumentos no temería á las cámaras. ¿Pero cuento yo con algo siquiera parecido? Entre los representantes hay hombres que han venido de todos los puntos de la Francia, con buenas intenciones sin duda, con el deseo de que yo salga de apuros y los saque á ellos mismos; pero en su mayor parte carecen de práctica de las asambleas, no han tenido nunca el cuidado, la responsabilidad de los acontecimientos, y ni los ministros los conocen ni ellos conocen personalmente á uno solo de los ministros. ¿Quién queréis que los dirija? Yo no he podido elegir á mis ministros con más acierto del que he tenido al designarlos: todos disfrutaban de la confianza pública. Si yo se los hubiera pedido, el país mismo me los hubiera dado. Con efecto, ¿hubiera podido indicarme un ministro de la Justicia mejor que el sabio Cambaceres, un ministro de la Guerra más imponente que el laborioso y severo Davout, un ministro de Negocios extranjeros más tranquilizador que el grave y pacífico Caulaincourt, un ministro del Interior más á propósito para guiar á los patriotas que el bueno de Carnot? ¿No me hubieran señalado los financieros la probidad y habilidad del conde Mollién? ¿No habría creído el público hallarse siempre vigilado por el gobierno con un ministro de la Policía como Mr. Fouché? Pero con todo, ¿quién de vosotros, señores, podría presentarse á las dos cámaras, hablarlas, hacerse escuchar y conducir las? He procurado suplir este mal por medio de mis ministros de Estado, por medio de Regnaud, de Boulay de la Meurthe, de Merlin, de Defermón. Regnaud tiene talento, nadie puede negarlo; pero ¿creéis que en una situación grave podrá dominar las tempestades que se levanten? No: porque desde una posición secundaria no se logra imponer á los hombres, apoderarse de sus voluntades, ni llevarlos adonde se quiere. Desgraciadamente no es en nuestro pacífico consejo de Estado donde se puede uno acostumbrar á las tempestades de las asambleas... No, no..., añadió Napoleón..., no gobernaréis á las cámaras, y si yo no consigo pronto una batalla os devorarán á todos por grandes que seáis! Ya sabéis que no he podido negarme á convocarlas, porque me he visto dentro de un círculo vicioso. Otorgué por mí mismo el Acta adicional á fin de cortar las discusiones interminables y confusas de una nueva constituyente; pero no han querido creer en el Acta y para acreditarla ha sido preciso convocar las cámaras, que, no lo dudo, van á convertirse en constituyentes. Esto debía esperarse, y no podemos hacer más que salir del paso como mejor nos sea posible. Los ministros con cartera administrarán, los de Estado hablarán, y yo iré á combatir.

«Si salgo victorioso, obligaremos á todo el mundo á encerrarse en sus atribuciones, y tendremos bastante

tiempo para acostumbrarnos al nuevo régimen. Si soy vencido, ¡Dios sabe lo que será de vosotros y de mí! Tal es nuestra suerte que nada puede conjurarla: dentro de veinte ó treinta días todo estará decidido. Entretanto, hagamos lo que podamos y después veremos lo que debemos hacer; pero que los amigos de la libertad reflexionen: si con sus desaciertos pierden la partida, no será yo quien la gane, sino los Borbones.»

Después de estas singulares palabras, dichas á sus ministros en la noche que precedió á su marcha, Napoleón resolvió, por medio de un decreto, que los ministros, con sus hermanos adjuntos, formasen un consejo de gobierno bajo la presidencia de José; que los cuatro ministros de Estado, secundados por seis consejeros de Estado nombrados á este efecto, asistiesen á las cámaras, se presentasen á ellas en nombre de la corona, discutiesen las leyes, y diesen las explicaciones necesarias cuando fuese preciso justificar los actos del gobierno. Al firmar este decreto, se sonrió y repitió muchas veces: «¡Ah!, ¡ah! Tenéis gran necesidad de que yo gane una batalla!» Estas palabras no significaban que esperase una victoria para destruir las cámaras y volver á un gobierno absoluto, porque no comprendía, en el estado en que se hallaban los ánimos, que se pudiese ya gobernar en nombre de la autoridad única y silenciosa; sino que las ansias nacidas del peligro se disparaban al ver que la fortuna le auxiliaba de nuevo, y que daría alguna unidad á las unidades haciendo posible la marcha de las cosas. Victorioso, quizás no hubiera limitado á esto todos sus deseos; pero entonces se hallaba convencido de que la causa de la libertad moderada era la suya, y de que el triunfo de las ideas opuestas era el triunfo de los Borbones. «Si nada conseguimos con este ensayo, repitió muchas veces, no nos queda otra cosa que hacer que ceder el puesto á Luis XVIII.» No comprendía que con los Borbones apoyados por quinientos mil extranjeros podría renacer la libertad con sólo conceder al país el derecho de votar las leyes y los presupuestos en una asamblea independiente, aunque esta asamblea estuviese formada por los más violentos realistas.

Durante los tres últimos días prepararon las cámaras sus mensajes. En la cámara de los representantes hubo algunos incidentes que demostraban el deseo que tenían sus miembros de permanecer unidos con el emperador, pero el temor que al mismo tiempo abrigaban de parecer serviles, Mr. Félix Lepelletier, para responder á la moción relativa al juramento, propuso declarar á Napoleón el salvador de la patria.

La profunda ansiedad que acto continuo se pintó en los semblantes indicó claramente que temblaban porque creían hallarse en el camino de la adulación. Uno de los miembros, interrumpiendo al orador exclamó: «¿Y qué declararéis cuando Napoleón la haya salvado?» En vista de las acertadas reflexiones que hicieron algunos representantes adictos al gobierno, fué desechada esta proposición, tan falta de oportunidad. Por lo demás, el proyecto del mensaje que se leyó era un traslado oficial de los sentimientos que dominaban á los representantes, es decir, unión con Napoleón, pero extremada vigilancia de las libertades públicas, y gran interés en revisar las constituciones imperiales y en amoldarlas al Acta adicional, que querían en el fondo rehacer por completo. La misma cámara de los pares, con tan poca experien-

cia como la de los representantes, trató de obedecer á las tendencias del día, diciendo en su mensaje que si el triunfo correspondía á la justicia de nuestra causa, á las esperanzas que estaban acostumbrados á concebir del genio del emperador y de la bravura del ejército, *la nación no temería en lo sucesivo más que el impulso de la prosperidad y las seducciones de la victoria.*

Esta frase alarmó tanto al príncipe Cambaceres que quiso comunicarla á Napoleón; y desaprobándola éste, fué modificada en los siguientes términos: *Si el triunfo corresponde á la justicia de nuestra causa... la Francia no desea otro beneficio que la paz. Nuestras instituciones garantizan á la Europa de que jamás el gobierno francés podrá ser impulsado por las seducciones de la victoria.* Después de una discusión bastante animada, prevaleció la nueva redacción.

Así pues, como sucede muy á menudo, cada cual olvidaba su posición y su papel para lisonjear al espíritu dominante. Napoleón debía recibir á las dos cámaras antes de partir, y resolvió darlas sabios consejos, á lo que las circunstancias le autorizaban, y lo que siempre puede hacer la corona (sobre todo cuando tiene razón) en la monarquía más rigurosamente constitucional. Las recibió el 11 de junio, y después de escuchar el mensaje de los pares respondió en los términos siguientes:

«La lucha que hemos comenzado es demasiado seria. *El impulso de la prosperidad* no es el peligro que hoy nos amenaza, sino las *horcas caudinas* porque quieren hacernos pasar los extranjeros.

»La justicia de nuestra causa, el espíritu público de la nación y el valor del ejército son poderosos motivos para confiar en el triunfo; pero cuando yo desearé que despliegue toda su energía este gran pueblo, cuando la cámara de los pares podrá darme pruebas de adhesión y dárseles á la patria será cuando suframos algún revés.

»En los momentos difíciles es cuando las grandes naciones, lo mismo que los grandes hombres, despliegan toda la energía de su carácter y llegan á ser un objeto de admiración para la posteridad.»

He aquí lo que dijo á su vez á la cámara de los representantes, después de haber oído la lectura de su mensaje:

«Encuentro con satisfacción mis propios sentimientos en los que vosotros me manifestáis. En estas graves circunstancias, mi pensamiento se halla absorbido por la guerra inminente, de cuyo éxito dependen la independencia y el honor de la Francia.

»Esta noche saldré á ponerme al frente del ejército; los movimientos verificados por los cuerpos enemigos hacen indispensable mi presencia. Mientras que yo esté ausente, vería con placer que una comisión nombrada por cada cámara se ocupase en armonizar nuestras instituciones.

»La Constitución es el lazo que nos une; ella debe ser nuestra estrella polar en los momentos de borrasca. Toda discusión pública que tienda directa ó indirectamente á disminuir la confianza que debe tenerse en sus disposiciones, será una desgracia para el Estado, y nos encontraríamos en medio de los escollos sin brújula ni dirección. La crisis en que nos hallamos es grande. No imitemos el ejemplo del Bajo imperio, que atacado por todas partes por los bárbaros, se hizo la mofa de la posteridad al ocuparse en discusiones abstractas en el mo-

mento en que el enemigo echaba por tierra las puertas de la ciudad...»

Estas bellas y severas palabras disgustaron á los que no iban á tardar en merecerlas, pero causaron una profunda impresión en la mayoría de los que las oyeron.

Por lo demás, el peligro que había que temer no era el de la victoria, ¡y debían procurar no recordar las discusiones de los griegos del Bajo imperio cuando se hallaban amenazados por los golpes del ariete de Mahoma! Los representantes, que asistían en gran número á esta ceremonia, comenzaron á aplaudir, cuando Mr. Lanjuinais los invitó á callar invocando el respeto debido á la corona, que les hubiera perdonado seguramente esa falta de respeto. La mayoría se mostró descontenta de la prohibición del presidente porque era adicta á Napoleón, y porque veía en él al defensor de la revolución y de la Francia. Cada cual se retiró expresando ideas diferentes, los amigos de Napoleón clamando contra el partido del extranjero, sus enemigos por el contrario pretendiendo que era preciso que la asamblea formulase un decreto para impedir su disolución, porque, según decían, el primer acto de Napoleón victorioso sería disolver las cámaras. No comprendían que un decreto de la asamblea para evitar el uso del derecho de disolución era pura y simplemente una violación audaz de la constitución. En cuanto á la mayoría, creyendo de buena fe que sería una ocupación patriótica y honrada la de trabajar en el arreglo de las leyes, proyectaba nombrar una comisión que se encargase de revisar y de fundir en una todas las constituciones imperiales.

Después de separarse Napoleón de los miembros de las dos cámaras, terminó sus preparativos en la misma noche del domingo, dió al mariscal Davout, nombrado comandante en jefe de París, sus últimas instrucciones para la defensa de la capital; se despidió de Carnot, cuya sinceridad le había agradado, con la mayor cordialidad, y de Fouché con frialdad, pero sin rencor, y pasó los últimos instantes con su familia y sus más íntimos amigos. Al ver acercarse la hora de los combates, se sentía reanimado, porque se hallaba de nuevo en el terreno en que siempre había dominado. Abrazó tiernamente á su hija adoptiva la reina Hortensia y dijo á la señora Bertrand, dándole la mano antes de subir al coche: «Es preciso esperar, señora Bertrand, que dentro de poco no echaremos de menos la isla de Elba.» Desgraciadamente se acercaba el momento en que lo echarían de menos todo, hasta los días más fatales.

El lunes 12 de junio partió Napoleón á las tres y media de la madrugada.

Tal fué hasta el período de los acontecimientos militares, de corta duración, como no tardarán en ver nuestros lectores, tal fué la época sombría y fatal llamada de los Cien Días, época que empezando por un triunfo extraordinario, se cambió de repente en dificultades, amargas y fatídicos presentimientos. Este contraste puede ser fácilmente explicado: desde Porto-Ferrajo á París, desde el 26 de febrero hasta el 20 de marzo, Napoleón se halló en presencia de las torpezas de los Borbones, y por eso fué un triunfo deslumbrador para él su marcha desde Porto-Ferrajo á Cannas, desde Cannas á Grenoble, desde Grenoble á Lyon y desde Lyon á París. Parecía que la fortuna, esclava otra vez de su favorito, se apresuraba á secundarle, poniendo á su disposición tan

pronto los vientos que necesitaba su flotilla, como los hombres sobre los que su ascendiente debía ser irresistible. Pero apenas entró en París, desaparecieron de la vista de todos las torpezas de los Borbones, se recordaron las suyas, las que había cometido durante su primer reinado, y todo su genio, todo su arrepentimiento parecían impotentes. Aceptó sin titubear el tratado de París, que con tanta obstinación había rechazado en 1814, llegando hasta el extremo de preferir á su adopción la pérdida del trono; y pidió la paz á la Europa con una humildad que á pesar de todo convenía á su gloria. «No, respondió la Europa, nos ofrecéis la paz, pero sin deseársela con sinceridad;» y rechazó al hombre que la suplicó, y cerró el paso de la frontera á sus correos de gabinete. Napoleón se dirigió en seguida á la Francia y la ofreció sinceramente la libertad, porque si su carácter podía resistir trabas, su genio comprendía que ya no era posible gobernar sin la nación, y sobre todo que no le quedaba más que un partido que seguir, el de la libertad. La Francia no le respondió como la Europa, pero se mostró dudosa, y para convencerla se vió Napoleón obligado á convocar inmediatamente las cámaras, las cámaras llenas de partidos revoltosos, encarnizados, implacables, y que por todo apoyo contra la Europa no podían ofrecerle más que sus divisiones.

Rechazado por la Europa, acogido con dudas por la Francia, en un instante en el que necesitaba todo su

apoyo, Napoleón, después de veinte días de alegría, cayó en una sombría tristeza de la que no se libertaba más que algunos momentos, mientras que trabajaba para sacar de los restos de nuestro estado militar al desgraciado y heroico ejército de Waterloo. Así, pues, triunfando por las faltas de los Borbones y sucumbiendo bajo el peso de las suyas, dió al mundo, después de tantos y tan instructivos espectáculos, otro espectáculo, el último más profundamente moral y más profundamente trágico que los precedentes, el del genio inútil aunque sinceramente arrepentido! Y, digámoslo de una vez, en medio de estas vicisitudes, de estos veinte días de corta alegría, de los ciento de tristeza mortal, hubo un actor de estas grandes escenas que no tuvo ni un solo día de contento; este actor fué la Francia, la Francia, víctima infortunada de las faltas de los Borbones como de las de Napoleón, víctima por haberlas dejado cometer, llevando en el pecado la penitencia. ¡Cuán triste es nuestro siglo, al menos para los que han vivido en su primera mitad! ¡Quiera el cielo que la generación que nos sigue, y que está llamada á llenar la segunda, goce de días más venturosos! Pero que no se olvide de lo que decimos: tan sólo aprovechando las lecciones de que abunda el pasado medio siglo y que nuestra historia procura dar á conocer con un verdadero valor, tan sólo de este modo, repetimos, es como podrá alcanzar mejores días y sobre todo merecerlos.

LIBRO SEXAGÉSIMO

WATERLOO

Fuerzas con que contaba Napoleón para dar principio á la campaña de 1815. - Después de guarnecer las plazas, de dejar en París y en Lyon las tropas suficientes para la defensa de estas capitales, y de sofocar la insurrección de la Vendée, sólo podía disponer de ciento veinticuatro mil hombres para tomar la ofensiva en la frontera del Norte. - Si hubiera esperado Napoleón un mes, hubiera podido aumentar su ejército con cien mil hombres más. - A pesar de esto, se decide á tomar la ofensiva sin pérdida de tiempo, para librar á las provincias más adictas y más florecientes de la Francia de los ataques del enemigo, y porque cree que apresurando las operaciones podrá vencer sucesivamente á las columnas invasoras del Norte y del Este, toda vez que la última se halla atrasada respecto de la primera. - Combinación que forma para concentrar su ejército cuando menos se espere, y arrojarlo sobre los ingleses y los prusianos antes que puedan imaginar su aparición. - El 15 de junio, á las tres de la mañana, Napoleón entra en acción, se apodera de Charleroy, derrota á los prusianos y se coloca entre los dos ejércitos enemigos. - Teniendo los prusianos su punto de partida en Lieja y los ingleses en Bruselas, no pueden reunirse más que en la gran calzada de Namur en Bruselas, pasando por Sombreffe y los Quatre-Bras. - Napoleón resuelve dirigirse hacia Sombreffe para combatir á los prusianos con el ala derecha y el centro de su ejército, mientras que Ney, con el ala izquierda, contiene á los ingleses en los Quatre-Bras. - Combate de Gilly en el camino de Fleurus. - Dudas de Ney en los Quatre-Bras. - A pesar de estas dudas, Napoleón consigue, en las primeras horas de la tarde del día 15, realizar su desecho, y se sitúa entre los dos ejércitos enemigos de un modo favorable para combatir á los prusianos al día siguiente, antes que los ingleses puedan acudir á prestarles socorro. - Disposiciones que dicta para la jornada del 16. - Napoleón se ve precisado á diferir la batalla contra los prusianos hasta después del mediodía, á fin de que sus tropas tengan tiempo de reunirse en línea. - Orden que da á Ney para que se apodere á toda costa de los Quatre-Bras, dirigiendo en seguida una columna contra la retaguardia del ejército prusiano. - En las primeras horas de la tarde llegan Napoleón y su ejército delante de Fleurus. - Premura de Blücher para aceptar el reto, y posición que ocupa delante de Sombreffe, detrás de las aldeas de Saint-Amand y de Ligny. - Batalla de Ligny el día 16 desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche. - Violenta resistencia de los prusianos en Saint-Amand y en Ligny. - Reitera á Ney la orden de apoderarse de los Quatre-Bras, y de destacar una columna contra la retaguardia de los prusianos. - Al ver Napoleón que no se ejecutan sus órdenes, imagina una nueva maniobra, y corta con su guardia la línea prusiana delante de Ligny. - Resultado decisivo de esta acertada operación. - El ejército prusiano tiene que retirarse con pérdidas inmensas al lado opuesto de Sombreffe, y Napoleón queda dueño de la gran calzada de Namur á Bruselas por los Quatre-Bras. - Mientras que los soldados de Napoleón se baten en Ligny, Ney, temiendo comprometerse en una lucha contra todo el ejército británico, deja pasar el momento propicio, y no entra en acción sino después que los ingleses se hallan en gran número, razón por la cual sólo consigue detenerlos, y de Erlón, por su parte, corriendo de Ligny á los Quatre-Bras y de este punto al otro, pierde el día en idas y venidas sin ser útil en ninguno de los dos parajes. - A pesar de estos incidentes, triunfa el plan de Napoleón, porque ha podido combatir á los prusianos separados de los ingleses, y se halla en posición de poder combatir al día siguiente á los ingleses separados de los prusianos. - Medidas que toma para la jornada del 17. - Queriendo Napoleón vigilar á los prusianos, completar su derrota, y sobre todo tenerlos á bastante distancia mientras que lucha con los ingleses, destaca con este fin el ala derecha de su ejército al mando del mariscal Grouchy, recomendándole expresamente que no deje de estar un solo instante en comunicación con él. - Forma esta ala derecha con las divisiones de Vandamme y de Gerard fatigadas por la batalla de Ligny; y con su centro compuesto de las divisiones de Lobau, de la guardia y de la reserva de caballería se dirige hacia los Quatre-Bras para reunirse con Ney, y atacar á los ingleses. - Emplea una parte de la mañana del 17 en dictar estas disposiciones, y en seguida parte á juntarse con sus tropas que han marchado delante. - Sorpresa que le causa hallar á Ney, que debía formar la vanguardia de la columna, inmóvil detrás de los Quatre-Bras. - Ney, creyendo todavía tener delante á todo el ejército inglés, esperaba la llegada de Napoleón para ponerse en movimiento. - Esta tardanza detiene mucho tiempo al ejército en el paso de los Quatre-Bras. - Tempestad súbita que convierte la comarca en un vasto pantano. - Profunda desanimación de las tropas. - Combate de retaguardia en Genappe. - Napoleón persigue al ejército inglés, que se detiene sobre el terraplén de Mont-Saint-Jean, delante de la selva de Soignes. - Descripción de la comarca. - Designios del duque de Wellington. - Su intención de establecerse en el terraplén de Mont-Saint-Jean, y esperar allí á los prusianos, para intentar con ellos una batalla decisiva. - Blücher, aunque descontento de los ingleses por lo ocurrido en la batalla del 16, les envía á decir que el 18 por la mañana estará á su izquierda, delante de la selva de Soignes. - Minucioso reconocimiento ejecutado por Napoleón, en la noche del 17, bajo una granizada de balas. - Su viva satisfacción al convencerse de que los ingleses están dispuestos á batirse. - Confianza que tiene en el tiempo. - Ordena á Grouchy que se reuna con él y envíe un destacamento para que ataque de flanco por la retaguardia el ala izquierda de los ingleses. - Movimientos que opera Grouchy durante el día 17. - Persigue inútilmente á los prusianos por el camino de Namur, y no se apercibe hasta el anochecer de que se han dirigido hacia Wavre. - Con este motivo, envía á Gembloux su infantería, que no ha andado en todo el día más que dos leguas y media. - A pesar de lo acaecido, se hallan tan cerca unos de otros que Grouchy puede todavía, poniéndose en marcha el 18 á las cuatro de la mañana, anticiparse á los prusianos, cualquiera que sea la dirección que tomen. - Escribe á Napoleón, el 17 por la noche, que le sigue la pista, y que hará cuanto le sea posible para impedirles que se reunan con los ingleses. - Napoleón se levanta muchas veces durante la noche para observar al enemigo. - Las hogueras del campamento de los ingleses no dejan la menor duda acerca de su resolución de dar la batalla. - No habiendo cesado la lluvia hasta las seis de la mañana, manifiesta Drouot, en nombre de la artillería, que no podrán empezarse las maniobras hasta las diez ó las once. - Napoleón se decide á aplazar la batalla hasta esta hora. - Plan del día. - Se propone rechazar hacia el centro el ala izquierda de los ingleses para tomarles la calzada de Bruselas, que es el único camino practicable á través de la selva de Soignes. - Distribución de sus fuerzas. - Aspecto de los dos ejércitos. - Napoleón, después de haber dormitado algunos instantes, se sitúa en un otero, delante de la hacienda de la Belle-Alliance. - Antes de dar la señal del combate, envía un nuevo oficial á Grouchy para indicarle la situación que ocupa, ordenándole que acuda á colocarse á su derecha. - Comienza el fuego á las once y media. - Gran batería que se coloca al frente